DE CÓMO TU PERRO CAMBIÓ MI VIDA

(Y OTROS RELATOS SOBRE ANIMALES)

JAVIER RUIZ

diversa

Descubre todas nuestras novedades en
www.diversaediciones.com

De cómo tu perro cambió mi vida
(y otros relatos sobre animales)

© De los textos:
2016, Javier Ruiz
(recopilación de textos extraída del blog del autor:
https://doblandotentaculos.wordpress.com/)
© De esta edicón:
2016, Diversa Ediciones
Edipro, S.C.P.
Carretera de Rocafort 113
43427 Conesa
diversa@diversaediciones.com
www.diversaediciones.com

Depósito legal: T 1365-2016

Diseño y maquetación: Dondesea, servicios editoriales
Imagen de portada: © Laura Palau

Queda permitida la reproducción de estos textos para el debate y la difusión no comercial, citando al autor y la procedencia original de los mismos.

Ejemplar gratuito. Prohibida su venta.

Impreso en España – *Printed in Spain*

DE CÓMO TU PERRO CAMBIÓ MI (NUESTRA) VIDA

¡Hola! Esto es una carta extraña, pues no sé a quién le escribo. Solo espero que algún día, por suerte o por tenacidad, llegue a la persona que abandonó a Caos: nuestro perro, que antes no fue nuestro, sino de alguien que no lo merecía.

Llegó a finales de junio del 2012, y se fue la víspera del día de Reyes del 2015, de madrugada. Sí, has leído bien: la noche de Reyes del año 2015. Vivió dos años y siete meses más de lo que supongo creías, y yo hubiese empezado a escribir esta carta en el mismo momento en que nos despedimos de él si hubiera podido reunir el valor para sentarme en la mesa de trabajo junto a la que él descansaba varias horas al día.

Si todavía no sabes si fue tu perro, te diré que lo recogimos en la carretera antigua que conecta Corbera de Llobregat con San Andrés de la Barca (la Ctra. de Sant Andreu), a la altura de aquella finca que está tocando con una de las curvas cercanas al Eroski, donde solía haber una luz exterior siempre encendida por la noche. Y si por fin estás leyendo esto, aprovecho para asegurarte que no te guardo rencor —ni tan siquiera él lo hacía, creo—, solo quiero (queremos) hablar contigo un minuto. Quiero que me escuches, a mí, que tengo la capacidad de llamar tu atención, a diferencia de aquel que fue tu perro una vez, pero no más.

Lo sé. Sé desde el principio que vas a sacar el tema. Era un perro viejo. Lo vimos tras el frenazo en el camino que te comentaba en el párrafo anterior. No obstante, ni yo ni mi pareja pudimos subir al coche sin él; aquel jueves solo queríamos sacarlo de la carretera y darle un sitio donde pasar la

noche, aunque a mí me rehuía. Rehuía a todos los hombres, y lo siguió haciendo durante semanas.

También te diré que al día siguiente no fui a trabajar, sino a dos o tres veterinarios, y no te voy a engañar. El primero nos dijo que lo mejor era sacrificarlo. El segundo, no. Pero ten por seguro que hubiésemos seguido buscando hasta encontrar a aquel que quería luchar por darle una vida mejor.

Ese mismo día se le diagnosticó la hernia de disco que tenía en la espalda y una artrosis de tipo dos muy avanzada. Como sabes, eso hacía que caminase como las muñecas de Famosa, o como un muñeco de Playmobil, pues presionaba la médula constantemente; si te preocupaste alguna vez, mínimamente, seguro que lo recuerdas. Debes saber que le ayudamos a fortalecer las articulaciones con ejercicios, paseos, medicación (Previcox y Gabapentina) y visitas a la playa, buscando esa calidad de vida que creemos nunca había tenido. La herida de la trufa, aquella que nunca se cerraba, nos dijeron que no era leishmaniosis; y la oreja caída intuimos que fue de una infección que se extendió hasta romper el cartílago.

Era un perro viejo, pero también era un perro bueno, ¿lo sabes? Le gustaban mucho los niños pequeños, pero no comprendemos por qué; y los quesitos. Y sobre todo era fuerte. Tras toda una vida de descuidos, se recuperó. Le cuidamos, y casi corría… Casi. Como te imaginarás, nunca volvió a correr, si es que dejaste que lo hiciera vez alguna. Pero paseaba con nosotros, y no hacía falta que se apresurase, ni suelto ni atado, pues no nos alejábamos nunca demasiado de él.

Al cabo de unos meses nos daba besos, y nos perseguía por la casa, y formaba parte de nuestra familia; y sé que le cuidamos el cuerpo, como se pudo, pero sobre todo le sanamos el alma. De eso sí estoy seguro.

Era alegre, fuerte, cabezón, sociable, cariñoso y muy bueno. Era todo eso, y más. Demostró valentía, fuerza, energía, ganas de vivir y mucho amor por todos nosotros, cuando por fin se le permitió. Al principio, tenía pesadillas cada noche, cada vez que cerraba los ojos, y se escapaba cuando por un casual veía que me quitaba el cinturón, o me acercaba a él con una escoba entre las manos, o escuchaba un ruido fuerte. Pero demostró que quería vivir; que quería vivir mucho más. Y viajó con nosotros por toda Cataluña y Mallorca; a su ritmo, claro.

Ahora te pregunto a ti, a quien dejaste abandonado a Caos: ¿por qué lo hiciste?, ¿qué vida tenía mi perro? Y gracias. Gracias por dejar que nos permitiese cuidarlo y nos devolviese mucho más de aquello que alguna vez llegamos a darle. Quiero que sepas que era *tan* fuerte, que cuando tuvo que marcharse, hubiera querido seguir peleando por estar con nosotros; al final, se dejó ir. Y nosotros dos lloramos junto a él, durante horas. Si alguna vez lees esto, dime: ¿quién crees que llorará por ti? ¿Quién llorará por aquel que dejó solo, herido y en la oscuridad a un alma mucho más noble que la suya propia?

Si quieres puedes llamarme, escribirme, hablarme sobre la otra vida de mi perro y recordar que todo aquello que tú no hiciste por él lo hicimos nosotros. Y volveríamos a hacerlo, toda la vida, todas las vidas; porque no era a él a quien salvá-

bamos, nos salvábamos a nosotros. Y si tú, o alguien de los tuyos lee esto, me gustaría que al menos lo supiese, que pensase en ello por un instante.

¿Podrías decirnos cómo se llamaba antes?, ¿por qué no hubo sitio para él?, ¿por qué le abandonasteis? No te hablo desde el rencor; simplemente no lo entiendo. Y él tampoco lo hacía. Ahora está muerto, y puedes creer que poco importa (tienes razón); porque no importa cómo murió (lo hizo muy bien), solo cómo vivió; eso sí, su otra vida; su segunda vida.

Y a vosotros, a todos aquellos que estéis leyendo esto —seáis pocos o seáis muchos, pero no seáis él o ella—, dejadme ser un poco egoísta. Ya sé que no tengo derecho, pues todos los días mueren cientos de miles de animales y personas a lo largo y ancho del mundo; pero dejadme pedir dos cosas, por mí y por Caos, ya que estos Reyes no han sido especialmente buenos con nosotros. Uno, compartid esto, por favor. Haced que se mueva como testigo vivo de mi (nuestro) perro y que tenga la oportunidad de llegar al verdadero lector de este mensaje; dos, hagamos que Caos, ese perro que tenía la columna y el morro destrozados a golpes, o a malos tratos, y que fue abandonado con aquel mosquetón enorme y oxidado que, con una cadena en su extremo, le había privado de caminar, de correr e incluso de ser, siga vivo; luchemos *de verdad* contra el maltrato animal y contra el abandono; luchemos por una ley que proteja a los animales y que favorezca las adopciones; y sobre todo luchemos por castigos reales contra los maltratadores, por un modo de consumo sostenible, por ser más naturales, por ser más personas, por aprender de ellos y para ellos; por ser mejores.

Caos, te queremos. Y ni Argos, ni Dana, ni los gatos duermen en el colchón todavía. Solo lo miran vacío, mientras tú ya descansas para siempre en nuestros corazones.

VOY A ABANDONAR A MI PERRO

Cuando uno de nosotros muere, no se pierde gran cosa. La vida me dio esa certeza. Pero cuando desaparece un perro noble y valiente, el mundo se torna más oscuro. Más triste y más sucio.
Arturo Pérez-Reverte

Quizá quieras saber esto:

Argos está mal hecho: tiene la cabeza pequeña, la pelvis demasiado elevada y camina patizambo porque es un mil leches. Está gordo y es vago. Y cuando se aburre, ladra, y si le riñes, a menudo, ladra más.

Caos está *lisiado*. Tiene varias fracturas en la columna vertebral que no le dejan caminar bien y no puede dar más de treinta o cuarenta pasos seguidos y, en consecuencia, suele cansarse rápido o tirarse al suelo a lloriquear; además, a veces, como no puede levantarse, se caga; y, para más inri, tiene una herida en la trufa que nunca se cierra y suele sangrar (pénfigo, una enfermedad autoinmune).

Dana está loca. Según tres etólogos distintos, los tíos que diagnostican el comportamiento de los animales, tiene problemas de hiperactividad e hiperreactividad.

Todo ello me importa una *mierda*, que lo sepas.

Y si no lo entiendes ahora, luego lo entenderás.

Por su culpa, la casa está hecha un asco, el suelo siempre está lleno de pelo por mucho que se barra y las paredes están salpicadas de manchas y suciedad por mucho que se pinten. Tienen que pasear cada dos por tres, y correr, y siempre están buscándote para jugar pese a que les compres juguetes, y son un incordio.

Cuando compré a Dana, estuve días pensando en el nombre más apropiado para aquel cachorro de pastor alemán que había visto en la tienda alejada del resto. Dánae me pareció ideal, pues como relataba Ovidio en *Las metamorfosis*, alguien había decidido encerrarla en su propia torre de bronce. Después, con el paso del tiempo, nunca terminó de integrarse con los perros del pipicán, le costaba entender qué querían los otros animales, no obedecía y destrozaba la casa (¡incluso se comía las paredes!).

Después llegó Argos, al que nos encontramos en la montaña y nos encariñamos de él, claro. Era muy pequeño y lo habían abandonado cerca de la perrera con el resto de su camada. A diferencia de sus hermanos, había sido suficientemente inteligente para salir de la caja, apartarse de los otros y venir hacia nosotros. Llamamos para dar aviso y nos lo llevamos, pensando que, quizá, la perra necesitaba compañía, y que cuidar de dos animales no debía ser muy distinto a cuidar de uno, claro.

La cosa funcionó bastante mal, y nos mudamos fuera de la ciudad. Allí, alquilamos una casa y les dimos terreno para que se moviesen, pero el adiestrador nos dijo que tenían que seguir saliendo a pasear (alucinante, ¿eh?, ¡con todo ese terreno!) y nosotros todavía teníamos menos tiempo que antes, ya

que debíamos subir y bajar de la ciudad en coche entre largas colas de pringados como nosotros que se *comían* los atascos en hora punta. Uno de esos días nos encontramos otro mil leches, mezcla de pastor alemán, al que habían apaleado y abandonado, y decidimos rescatarlo y darle un hogar. Y con eso, hicimos el trío.

Vaya tres cagadas, ¿verdad?

Si estás de acuerdo con algo de lo anterior, mucha gente te diría que te pirases de aquí; sin embargo, yo escribo esta entrada para ti, para convencerte de que todo lo de arriba son gilipolleces, de que pensar así es pensar poco, y de que si no empiezas a responsabilizarte de ese animal con el que decidiste compartir tu día a día, te va a ir todo como el culo, porque no se trata de condicionar tu vida a un animal, se trata de no joder tu vida si no estás convencido de que quieres a ese bicho contigo.

El escritor Arturo Pérez-Reverte decía que el rasgo del perfecto hijo de puta es «arreglárselas para que sus actos acaben por no avergonzarlo en absoluto». Yo creo que, si alguna vez te has planteado abandonar a tus perros, deberías meditar sobre por qué decidiste comprar, adoptar o recoger a ese animal y, si vas a hacerlo o ya lo has hecho, vas a arrepentirte toda tu *puta* vida, por lo que te recomiendo que te des media vuelta y empieces a buscarlo por todas partes.

Y es que entiendo que creas que soy idiota. Comprendo que tú no tengas tiempo ni dinero que gastar en un bicho de doce o catorce años que te encontraste maltratado y moribundo en una carretera, pero a mí me vale con poder dar a ese animal algo de paz y tranquilidad que le permita dormir

con los dos ojos cerrados al fin. Entiendo que tú no quieras un perro gordo, feo y desgarbado, pero a mí me vale con tener un amigo fiel. Y, por supuesto, entiendo que tú no quieras una perra histérica, que le cuesta controlar cualquier instinto y con la que tienes que entrenar obediencia y salir a caminar, o correr, o jugar con la pelota, o con el mordedor, o con algo, hasta que está agotada y decide tumbarse un par de horas antes de volver a dar guerra.

Pero ¿sabes? Te pido que entiendas que eso es lo que hace feliz a la gente que tiene perros; no se trata de darles un hogar, sino de permitirles compartir el tuyo, porque quieres, porque crees que su presencia enriquece tu casa, y porque te suda la polla que te ensucien la pared, que te suelten pelo o que se froten el culo en la alfombra. Y, sobre todo, te exijo que entiendas que la vida no te debe nada, y que las cosas *jamás* serán como tú quieres. Quizá te pegan tres tiros, o quizá te coge un cáncer, ¿y por qué los demás van a querer cuidar de ti? Se trata de responsabilidad; si tienes un crío, no lo abandonas cuando te falta la pasta; si tienes un perro, tampoco: créetelo, porque si quieres convivir con un perro necesitas una buena dosis de responsabilidad.

Tampoco supone un intercambio justo, no te equivoques. Puedes dedicarte a cuidar a esos animales toda su vida, y se irán, ya sabes. No obstante, quizá descubres que ellos han *palmado* felices de haber compartido su vida contigo y, cuando te toque a ti, puede que descubras que cada perro que ha compartido tu casa te ha hecho inmensamente

afortunado también. Quizá llegue el día que veas un sinsentido en prescindir de ese animal que está contigo a las duras y a las maduras por cuatro caprichos, porque te estorba o —¡qué coño!—, porque te han largado de tu piso por el que te hipotecaste hasta las trancas. Pero si dudas, no le compliques la vida a ese animal, ni te compliques la tuya con más gastos, dolores de cabeza y obligaciones.

También puede ser que todo esto te resbale, que no te interese, que consideres que el mundo no te debe nada, ¿verdad? Entonces, *ten huevos*. Ten huevos de acercarte a una protectora y dejarlo ahí, y diles: «Me equivoqué, y fracasé». Ten huevos, como mínimo, de eso. Ten huevos de darle una segunda oportunidad. Pero sobre todo, no compres, ni adoptes, ni recojas a ese animal si no estás seguro o segura de que vas a estar con él hasta el fin de sus días (o de los tuyos), porque te aseguro que él va a estar ahí para ti, y no se merece que seas una mala persona; así que hazme caso, sé la persona que tu perro cree que eres.

SE VAN

Echo de menos a Caos. Siempre echo de menos a Caos. Cada día. Todos los días. No sirve de nada, pero tenía que empezar diciéndolo. Siempre hay algo que termina por recordármelo en un momento u otro. Hoy, leo «cáncer de hígado» en internet, y le echo de menos. Aunque él no se fue así; a él le dio un vuelco el corazón, y después a nosotros.

Echo de menos a Caos. Le añoro. No sé si lo añoro más que a mi padre, que sí se lo llevó el cáncer; no sé si lo añoro más que a los abuelos que conocí; no lo añoro más que a los amigos que marcharon temprano. Sé que fue familia, y sigue siéndolo.

Leo «cáncer de hígado» en un blog, y recuerdo que se irán. Se irán con casi todo lo que nos dieron a cada instante de sus breves e intensas vidas. Se irán. Casi siempre se irán antes, porque brillaron el doble, sino más. Ellos lo prefieren así; si se lo permites, te lo habrán enseñado bien a lo largo de los años.

Te habrán enseñado a dormir al sol tumbado junto a ellos; a reír por cualquier cosa que te apetezca; a besar cuando sientes que es la persona adecuada; a compartir las pequeñas cosas, y a ser un poco egoísta cuando se trata de tu juguete favorito, por supuesto; te habrán enseñado que el amor debe ser incondicional, que la vida es cosa de un minuto y que no hay nada que un perro no pueda perdonar, porque son mejores que tú y que yo.

Se van; también nosotros. Y duele tanto como debería, no más; y juras sentir cómo los recuerdos se desmigajan entre lágrimas amargas que pretenden atesorar una vida entera; juras que jamás volverás a pasar por algo así; juras que no es justo.

Escaparán mucho más lejos de lo que nunca corrieron; pagaremos ese peaje. Pero es un tributo tan escaso frente a una vida juntos que estaríamos locos si no volviésemos a caer en ese error mientras quede en nosotros un soplo de aire.

EL PERRO QUE QUERÍA SER

Hoy te voy a contar su historia, una de esas sin medias tintas; así que vamos al grano, y ya sacarás tus propias conclusiones. Que sepas que no voy a molestarme en explicarte cuánto han sufrido sus protagonistas; quiero que seas tú quien recuerde esa espina clavada que no siempre puedes encontrar en tu conciencia; dejaré que seas tú quien coloree con emociones estas líneas. Y podría empezar con un «Érase una vez», claro, pero lo haré de un modo distinto; reservemos esa expresión para las historias felices, ya que esta no lo es.

Verás…, su camada fue de las interminables, de aquellas en las que salían cachorros y cachorros y, tras la decena, los presentes empezaban a dudar sobre cuánto más se iba a alargar aquello. Después, como era habitual, se les dejó espacio por unos días. Todos pudieron amamantar, aunque sintiendo a su ascendiente muy lejos. Sus hocicos buscaban continuamente sin encontrarlo al de su madre, quien se mantuvo por siempre recostada en un rincón de las instalaciones. Tras los barrotes, la camada movía las colas entre sí, jugaba, se sonreía, pero la inacción total de sus mayores no tardó en provocar carencias en su sociabilización y peleas constantes ante las desatenciones.

Lo que no sabían las crías es que su madre estaba imposibilitada, impedida y casi inválida de tanto criar, y parir, y sangrar, y volver a ello demasiadas veces ya. Tampoco sabían que, a menudo, su padre no era más que una jeringa, ni que iban a ser vendidos, porque aquellas paredes ocultaban

decenas y decenas de bestias que no tenían más término que el propio dinero.

A poco más de cien metros de allí, bajo el sol, varios ejemplares adultos se empujaban unos contra otros, y se mordían constantemente; asustados, hacinados en pocos metros, esperando que alguien se encariñase de ellos mientras miraban hacia la Luna por vez primera y última, quien los despedía sin entender por qué abandonaban la hierba que solo habían pisado unos minutos y entraban, a empellones, en ese sombrío camión.

Días más tarde, los pocos jóvenes que todavía no habían iniciado el mismo camino de no-retorno observaban, nostálgicos, a sus compañeras, sin intuir que el próximo parto significaría también el rapto de muchos de ellos. Donde la cría y la compra se repetían un número casi infinito de veces, donde cada cual cumplía su misión, y sus largas orejas se perdían en el interior de un vehículo que los separaba.

Cuando me hablaron de aquel lugar, imaginé sus hocicos y su pelo, y el valor de sus vidas; imaginé una fábrica de perros de cría, y me resultó una imagen infernal. Imaginé un lugar destinado a dejar solo sufrimiento y culpa en nuestras manos. Imaginé.

Pero no te preocupes, lector, pues pese a las importantes semejanzas, no eran perros, sino cerdos; cerdos que desaparecían una vez, y otra vez, y otra vez… y a nadie importaba por estas latitudes.

CARTA DE UN VEGETARIANO

El otro día salí a pasear solo. Dentro de un par de meses hará seis años que casi nunca paseo solo. Cuando no paseo con los perros, paseo con mi pareja, y cuando no paseo con mi pareja, apenas paseo; por ello, a veces, paseo solo. Salgo a caminar a sabiendas de que, más tarde, tendré que volver a salir a caminar, pero que será distinto. Ni mejor, ni peor: distinto. Como cualquiera, de vez en cuando echo de menos aquello que no tengo.

De cualquier modo, salí a pasear. Y paseé un buen rato. Caminé por la calle Pau Clarís y a través de la Vía Layetana por más de una hora —algo que no suelo hacer—, y terminé por sentarme en un banco a descansar —otra cosa que tampoco suelo hacer—. Allí me encontré a un hombre de mediana edad gritando a un niño por tirar la comida, y el niño lloraba, y lloraba; y el padre gritaba; y seguía gritando cuando entró a un supermercado dejándole a mi lado con los ojos hinchados y varios mocos que asomaban peligrosamente desde sus fosas nasales.

Le miré en silencio por un par de segundos, algo incómodo. Lo cierto es que no sé hablar con los niños; soy la antítesis de esas personas que les hablan como estúpidos desde que nacen hasta que terminan la enseñanza básica, algo así como el hombre del saco que vuelve a tus hijos descreídos, ateos, comunistas y con una cresta *punk*. Por eso, me extrañó escucharme a mí mismo diciéndole a ese niño que tenía a escasos dos metros de distancia:

—¿Estás bien?

El crío me miró, extrañado, y yo empecé a arrepentirme desde el minuto cero. Después, dijo:

—Mi padre quiere que me coma un bocadillo de jamón y queso, pero yo no quiero comer jamón.

No le dije que yo tampoco quería comer jamón, ni bistecs, ni pescado, ni marisco. Mucho menos que hacía casi dos años que no lo hacía. Solo le pregunté:

—¿Por qué no?

El niño, que debía tener unos siete u ocho años, se quedó mirándome. Intuyo que esperaba una confirmación de todo aquello que le había dicho su padre, y yo, sin comerlo ni beberlo, ahí sentado y aireándome sin los perros, ni la novia, ni nadie, había fastidiado la regañina.

—Porque les duele, y les hacemos daño. Y se parecen a nosotros —agregó.

—Unos más que otros —le comenté.

Él asintió, mirando rápidamente al interior del supermercado, donde vimos a su padre al final de una larga cola de gente que se había hecho en las dos únicas cajas que estaban abiertas.

—Sí —contestó.

—¿Tampoco quieres comer peces?, ¿o gambas?

Él negó con la cabeza. Yo empecé a arrepentirme de lo que iba a hacer, y le pregunté si tenía un bolígrafo y un papel. Asintió de nuevo, aunque lo que sacó de la mochila junto a su libreta fue un marcador de color rojo, que era lo único que llevaba para escribir, me dijo.

Queridos papá y mamá, empecé.

Padre y mamá, me dijo él.

—Se va a cabrear —sugerí, pero el chaval se encogió de hombros.

Queridos ~~papá~~ padre y mamá:

No quiero comer animales. No quiero que los maten cuando puedo comer otras cosas y estar sano y crecer fuerte. Me gustaría que os informaseis sobre posibles alternativas como el seitán, la soja, la quinoa, los vegetales verdes, las algas o las lentejas y otras legumbres (estas son solo algunas opciones con proteínas).

—¿Te parece mal beber leche de vaca o comer huevos y queso? —le pregunté.

—No —dijo—. Creo que no.

Por ahora, quiero seguir comiendo huevos, queso y algunos productos más de origen animal (leche), e informarme sobre cómo los obtienen y qué aportan a mi organismo.

No os pido que compartáis mi opinión, solo que tratéis de entenderla y respetarla mientras mi decisión sea mía y por el tiempo en que esta lo sea. También que me ayudéis a conseguir una dieta equilibrada.

—¿Cómo te llamas?

—Alberto —contestó. Y yo dejé que fuese Alberto quien, tras leer la carta, firmase.

Escasos dos minutos después, su padre salió del supermercado, y me miró con una mueca que se movía entre aquel a quien le extraña una situación al punto de dudar entre cabrearse o no hacerlo.

—El chaval me ha preguntado una cosa de los deberes, pero ya se lo he explicado —mentí, y me despedí de ellos.

Al día siguiente, supongo que, por casualidad, uno de mis hermanos pasó por mi casa para acompañarme a pasear a los

perros. Dejé que fuese él quien decidiese la ruta a seguir y, casualidad tras casualidad, acabamos frente al mismo banco. Descubrí un *QUE TE JODAN* rojo con grandes letras en él, y me quedé mirándolo por unos segundos. Mi hermano, en cambio, me miró a mí, extrañado; agregó:

—¿De qué te sorprendes?

Y recuerdo que pensé que, sin saberlo, tenía toda la razón del mundo.

Sin embargo, esta historia podría acabar así, con sabor agridulce, pero días después se produjo un leve giro narrativo que me cogió por sorpresa. Debajo de la estatua ecuestre de Ramón Berenguer vi a Alberto con una chica de unos cuarenta y pocos.

Esto fue lo único que sucedió allí: él levantó el pulgar; su madre suspiró; yo sonreí.

ROMPESUELAS

Besas el suelo. Tranquilo. Sereno. Susurrándole a la tierra que cumpliste con el papel asignado.

Atrás quedan ya los jadeos, el puente, el río; ahora suspiras, resuellas, te abrazas a esa paz prematura que te han impuesto y te vence.

Pero en tus ojos no hay odio (¿por qué no hay odio?), nunca hubo odio; y corneando el orgullo por última vez no dejas que la sangre conquiste tu iris. Sigues mirando hacia delante, ya caído; sigues mirando hacia delante, lejos de allí, esto-

cada tras estocada; ves el cielo, la hierba, el mundo, lejos, más lejos aún.

Rompesuelas, ya mueres; porque te mataron demasiado pronto. Y a tu alrededor se escuchan lanzas, y gritos, y torneos que son declarados nulos porque te han asesinado hombres que no respetan ni las reglas que ellos mismos se han impuesto.

Ellos son los verdugos, tú la crónica de una muerte anunciada que no podemos resignarnos a aceptar. Y ahora creen que ya eres nada, que eres historia, y sin embargo, hoy más que nunca, representas todo aquello por lo que vale la pena vivir, y luchar, y aprender de esta España donde las franjas rojas amenazan con devorarlo todo a su paso.

Tú besas el suelo, yo lamento mis lágrimas. Tú ya descansas, ¿pero quién nos salva a nosotros?

SANGRE DE TORO

Ya imagino septiembre. Me imagino peleando en Tordesillas a manos desnudas. Defendiéndome de una agresión tras otra a través de los gritos de una multitud que se ensordece entre sí. Imagino el miedo, la rabia, la incertidumbre, el horror.

Imagino el aire. Me imagino golpeando al aire con furia, hasta alcanzar un apéndice u otro; no importa. Moviéndome pesadamente entre centenares de seres que mezclan sorpresa, cobardía, dolor, maltrato e idiotez a través de su existencia.

Quizá te encuentre aquí. Envueltos en una polvareda que embiste implacable contra nuestros pulmones. No sabré si

eres cómplice o mártir, ni tan siquiera si, en el combate, estos conceptos tienen sentido; si hay colores que nos distingan, o si toca esperar a recoger los cuerpos inermes y auxiliar a los heridos para esclarecer los hechos.

En ese escenario, la policía disparará gases lacrimógenos para disolver a taurinos y manifestantes; movilizará mangueras de agua a presión, lanzará chorros contra unos y contra otros. Cuando nada funcione, pedirán refuerzos, sabiendo que no habrá súplicas correspondidas; sabiendo que, mientras tanto, jóvenes y viejos seguirán enzarzados por igual en una batalla campal de proporciones épicas.

El toro, que de nuevo habrá sido liberado contra los manifestantes, escapará a la montaña, lejos de los caballos y los picadores, lejos de la guerra y de la violencia de los hombres. Escapará rápido, a toda velocidad, asustado y temiendo por su vida en todo momento; temiendo de esa forma que le hemos insertado en el genoma a golpes de espada y de lanza.

Quizá llegue a la loma del perdón —cuyo nombre el toro desconoce, y tampoco le importó jamás— para ser abatido a tiros, como lo fue Presumido, o caer herido de muerte y abrazar una eternidad de injusticia, como le ocurrió a Bonito. Él, que aún no tiene nombre, no comprenderá el cordón policial ni la injusta equidad del hombre; morirá, otra vez, porque nadie peleó suficiente.

En la guerra, las heridas, los golpes y las muertes, si llegan, no convencerán a un bando ni al otro. Ese viejo mezquino que ríe y la emprende a bastonazos con los jóvenes entre el polvo encontrará un derechazo en la sien; el más bárbaro de los manifestantes se arrojará contra un grupo de vecinos sin saber por

qué los reyes y los nobles peleaban siempre desde una colina cercana, e incluso los niños, inocentes en cualquier bando, llorarán, gritarán y caerán pisoteados entre la sangre caliente que hierve, al rojo, un único martes al año. No habrá respuestas.

Pero ni la violencia ni los golpes, ni los gritos ni el horror impedirán que nos miremos por un instante a los ojos. ¿Encontraremos a uno de nuestros semejantes? ¿A un demócrata? ¿A un maltratador? ¿O a un insensato?

Cuando el toro escape o vuelva a yacer muerto en el suelo junto a otros tantos animales, ¿comprenderemos entonces las palabras de nuestros enemigos? ¿Comprenderán ellos las nuestras? ¿Nos arrepentiremos de convertir el aire que respiramos en odio y castigo hacia nuestros semejantes? ¿Será necesario que los castellanos miren a los ojos del toro en busca del perdón por todos esos sacrificios que no fueron más que asesinato y tortura? ¿Y tendremos los demás la grandeza de otras especies que perdonan y no vuelven a juzgar?

Parece faltar una eternidad para que todo esto ocurra, pero no es así. Este septiembre, miles de personas volverán a Tordesillas, con la certidumbre de que, por primera vez, no se resignarán a gritar, a juzgar y a temer por su vida; volverán con el convencimiento de que van a defender a ese toro sin nombre y a defenderse del maltratador.

¿Qué hará el Estado esta vez? ¿Les dará la espalda o les prohibirá el paso, siendo, si cabe, más cómplice del horror que allí se representa? ¿Se hará a un lado? ¿O se implicará y escuchará a una mayoría que grita alto y claro que se debe terminar con el maltrato mientras se pone en pie de guerra?

¿Acaso se rompió la pluma de tanto usarla? ¿Solo quedan espadas que blandir?

FEBRERO

Ayer sucedió de nuevo. Miles —pero no suficientes aún— reclamando la compasión de unos pocos; compasión que no llega, que se oculta bajo estandartes de equivocada libertad. Voluntad que mata, que usa y que tira. Donde se salva el alma de un galgo, o un podenco, y tres caen al suelo, derrotados, vencidos por aquellos que desmerecen la vida en general.

¿Alguien puede dudar que estos animales reconocen en la presa frente a ellos su propio destino?; allí, a lo lejos, donde no queremos ver, donde la naturaleza se desnaturaliza siempre al servicio del arma; donde los gritos no alcanzan aún al silencio institucional y las lágrimas de unos pocos no bautizan a quienes de veras deberían mojarse por el cambio.

Seguimos sin conquistar la victoria al sufrimiento; pero también en pie. Seguimos amparando a los supervivientes de otra de las muchas vergüenzas de nuestra nación. A veces exhaustos, pero también satisfechos, aunque no lo suficiente, con la libertad de muchos —cada día más— en guerra contra lo que unos pocos siguen imponiendo a golpe de rifle, de soga y cuchillo.

Sigamos adelante; consigamos un nunca más.

EL CIELO ES ROSA

Hoy me matan. No hay tiempo ya.

¿Puedes siquiera imaginarte lo que siento?

Me matan por nacer. Por haber nacido en el lugar equivocado; en un lugar distinto al que tú ocupas.

Hoy me matan, y estoy cansada de gritar. Estoy cansada de ser usada, y golpeada y vejada; de ser observada como un mero objeto en esta oscura habitación con rejas.

De veras, hoy voy a morir, y nada tiene sentido. Nada. ¿Recuerdas cuando acerqué mi morro frío hacia tu mano?, ¿cuando te miré buscando una mirada cómplice?, ¿aquella vez que te arrimaste a mí? ¿Qué ha cambiado entre nosotros?

Ayer fui una cría; una cría grande y patosa que deambulaba por el patio vallado en busca de una caricia; hoy no soy nada. Pero tengo la certeza de que fui algo, de que podía haber sido feliz, y de que voy a ser nada; y duele. No sabes cuánto duele.

Basta. Tú puedes hacer algo. Cambia el mundo por mí. Cambia las cosas. Hazlo ahora. Una vez.

¿No puedes? No puedes cambiar el mundo, ¿verdad? Abre la jaula. Corta la reja. Déjame libre. Veo a los cachorros desde aquí; comen, ajenos a todo lo que sucede. ¿Harás lo mismo cuando mi nombre se haya olvidado? Cuando no sea nada, solo tumbas dentro de vosotros.

Hoy me matas. ¿Tuve nombre? ¿Tuve nombre o fui un número más? Hoy me matas y no puedo llorar; solo tiemblo junto al resto, y muero. Hoy muero; y vi la luz del sol después de mucho tiempo; por última vez. Sé que no hay hierba tras

de mí; ni agua, ni vida. Solo sangre, y sufrimiento; solo gritos y violencia. Mírame. Mírame una vez antes de ser arrastrado entre rugidos de dolor y tristeza.

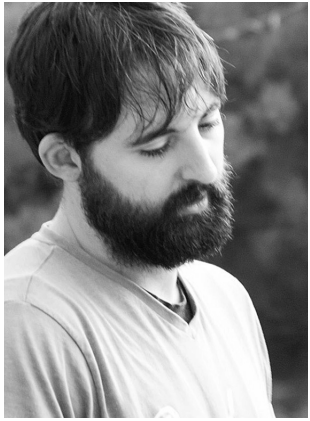
Hoy te digo adiós, y quizá me fallen las patas; sé que me golpearás; me electrocutarás; me gasearás. He llegado a rezar por una muerte digna, un final donde no recupere más la conciencia; donde no deba sentir la sangre brotando salvaje de mis entrañas; donde esta pesadilla acabe, por fin.

Hoy no soy. Porque tú y yo nos parecemos, pero mi piel es rosa. Hoy no soy, porque no soy perro ni gato, ni soy tú, y no tengo una oportunidad; soy cerdo. Soy cerdo, y no soy.

Silencio.

GOLFO, EL PERRO INVISIBLE

Mamá dice que la nostalgia es algo que tienen los mayores cuando ya no son niños como yo. Dice que Golfo ahora es invisible; un perro invisible es la envidia de todos mis amigos, pero yo no sé por qué se oculta de nosotros. Quizá Golfo no quiere que yo oiga como crujen sus huesos y se apagan más y más sus ojos. Quizá cuando llega el final de Golfo, él prefiere irse de la ciudad, escaparse en silencio de mi lado. Qué perro más tonto; será invisible, pero Golfo es un tonto.



JAVIER RUIZ FERNÁNDEZ

nació el 8 de marzo de 1986 en la Barcelona preolímpica, y poco después se comió una caja de cerillas. Ese empirismo en estado puro le llevó a estudiar Filosofía en la Universidad de Barcelona (UB) y Humanidades en la Universidad Pompeu Fabra (UPF) y, posteriormente, a trabajar como corrector profesional, redactor publicitario y *blogger*.

Hoy, codirige una agencia de *marketing* digital e intenta reservar tiempo suficiente para escribir y dedicar tiempo a sus perros, a sus gatos, y a su creciente interés por seguir aprendiendo sobre etología y comportamiento animal. Por alguna razón, además, no consigue olvidar que, antes de tanto edificio, por su barrio hubo payeses, animales y hectáreas libres de terreno, y puede que ahí radique el porqué de su primer libro: *De cómo los animales viven y mueren*.

Si te han gustado estos textos,
descubre el primer libro del autor...

DE CÓMO LOS ANIMALES VIVEN Y MUEREN

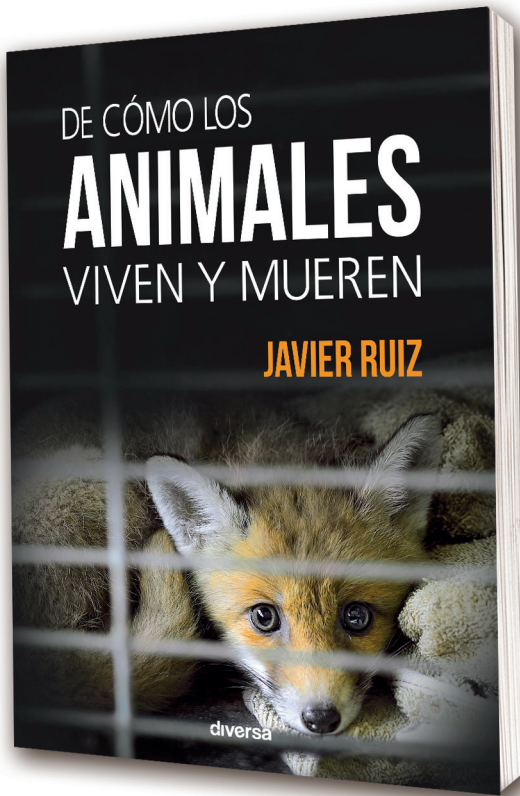
JAVIER RUIZ

Diversa Ediciones
ISBN PAPEL: 978-84-946081-0-0 | ISBN EBOOK: 978-84-946081-1-7

¡Hakuna matata! La vida de los animales en el planeta no puede considerarse «de película», o al menos no una apta para todos los públicos. Cada año, sesenta mil millones de animales terrestres y un billón (con «b» de barbaridad) de animales marinos son exterminados por el hombre para convertirse en comida o en ropa, o como una forma de diversión.

Muchos de nuestros actos cotidianos, como comer, vestirnos o divertirnos, los hacemos por inercia, porque «siempre se ha hecho así» o, simplemente, porque es más cómodo vivir con los ojos cerrados, pero tener información —saber cómo funcionan las cosas— puede cambiar nuestra vida y la de muchos otros animales.

En este libro, Javier Ruiz aporta una buena dosis de información para abordar un tema que a menudo se ha tratado de forma demasiado trivial y propone una reflexión, equilibrada y cargada de un responsable sentido ético, para analizar nuestra relación con el resto de animales y las consecuencias que nuestros actos tienen sobre ellos, sobre el planeta y sobre nosotros mismos.



Disponible en papel y en ebook

«Esto es una carta extraña,

pues no sé a quién le escribo.

Solo espero que algún día, por suerte

o por tenacidad, llegue a la persona

que abandonó a Caos: nuestro perro,

que antes no fue nuestro,

sino de alguien que no lo merecía».

www.diversaediciones.com